

## EXTRACTIVISMO UNDARK: LAS ESTRELLAS DE LA COSMÉTICA TÓXICA (RADIO, CESIO, ASBESTO Y TALCO)

**Rike Bolte**

Freie Universität Berlin  
[rike.bolte@latinale.de](mailto:rike.bolte@latinale.de)

### ÉPOCAS INOSCURAS, DE ORO LÍQUIDO: LAS CHICAS DEL RADIO Y MARIE CURIE EN LATINOAMÉRICA

**E**n 1904, hace 120 años, llega una sensación al Alhambra Theatre a Londres: en una sala completamente oscurecida, suben al escenario diez figuras fantasmas, 5 pierrots y 5 pierrettes, cuyos rostros permanecen invisibles mientras sus ágiles cuerpos irradian luz. Cuerpos-rayos sobre un escenario en el aún umbral hacia un nuevo siglo. Pocos años antes, en 1898, el matrimonio Curie había descubierto un nuevo elemento, a saber, *el* elemento que le daría al espectáculo londinense su nombre: “The Radium Dance”. La autora del espectáculo no era nadie más y nadie menos que Loïe Fuller, protagonista de la danza moderna, quien, fascinada por los efectos especiales en su campo de expresión, había desarrollado un especial interés en la técnica lumínica y así acudió a la pareja Curie con el motivo de su novísima producción. “The Radium Dance” fue síntoma de una época que se anunciaba luminosa. En 1910, el radio se introdujo al corpus de sustancias médicas; se cotidianizó en todos los sentidos, sin que se supiera, por supuesto, de los efectos dañinos que más tarde provocarían un shock en la historia de la bioquímica. Shock que borró la magia de una *prima materia* –vitalizante, codificadora de vida– traída a la tabla de los elementos por una mujer.

Marie Curie había iniciado la Historia en mayúscula de la luminiscencia euforizante, pero también sus manifestaciones microhistóricas: toda una galería de objetos cotidianos, hoy presentados por el Museum of Radio and Radioactivity. Muchos de ellos fueron ayudas de orientación, frecuentemente autoluminosos: brújulas y relojes, ayudas para ubicarse y moverse en la oscuridad. En 2018, el cine del siglo XXI cuenta la historia de cómo entre esos objetos mágicos los relojes cuyas agujas fueron pintadas con radio, mutilaron o mataron a las mujeres que habían untando con sus propias lenguas los pinceles para poder pintar con más precisión (una técnica proveniente de la pintura de la porcelana). Cincuenta empleadas de tres empresas estadounidenses, sacrificadas a la producción entre los años 1917 y 1920, de las cuales la primera murió en 1922, tras haber contraído una espeluznante necrosis, el *radium jaw* (que provoca que la mandíbula se descuelgue del cráneo). Hasta no fallecer también el inventor de la pintura, Sabin Arnold von Sochoky *–killed by own invention–*, las mujeres afectadas no pudieron encontrar asistencia jurídica ni terapia médica. Al contrario, sus dolencias fueron asociadas a otras enfermedades, entre ellas la sífilis. Es decir que los cuerpos de las *radium girls*, desde ya cosificados por ser femeninos y además por ser trabajadores, cuando se rebelaron contra la corrosión (necropolítica) que sufrieron, fueron además sexualizadas mediante el diagnóstico de una supuesta enfermedad venérea.

Pero, además, las *dial-painters* de Estados Unidos –y otras de Europa– fueron víctimas de una cosmética contra la oscuridad. La United States Radium Company hacía publicidad de sus productos que supuestamente podían reemplazar la luz eléctrica; productos “undark” que prometían terminar con, por ejemplo, el tanteo en la oscuridad, ya que el mismo interruptor de luz podía iluminar el camino. La mezcla de sulfuro de zinc y radio aplicado en los objetos en cuestión (así en las agujas de los relojes), poseía propiedades fotoluminiscentes. “The new light” o “liquid sunshine”, como el radio fue apodado, resultó un médium y método ‘inoscurecedor’: mientras la chicas radiointoxicadas no solamente perdieron su salud hasta tal punto que se les caían las mandíbulas, la radiomanía se extendía a la cosmética. La altísima reputación que gozaba el radio desde su presentación en la Exposición Universal de 1900 en París y su difusión también en Estados Unidos, se debió a su supuesto efecto revitalizante, puesto en práctica desde la “microcuriethérapie” de Alexandre Jaboin hasta en la oncología, después de que William Joseph Hammer, autor de *Radium, and other radio-active substances: polonium, actinium, and thorium* (1903), tratara con radio un tumor en su propio cuerpo y diera conferencias sobre las propiedades curativas del elemento, además de abastecer a hospitales con agua radiactiva. Conferencias del mismo orden fueron impartidas por Marie Curie en Latinoamérica, cuando la (dos veces) premio Nobel en agosto de 1926 visitó un instituto de investigación de cáncer en Brasil, el Instituto del Radio

---

en Belo Horizonte, inaugurado en 1922 por la alerta ante el aumento de cánceres mortales en el país.

Mientras la (verdadera) Curieterapia consistía en la introducción de radio a través de agujas de platino, la cosmética del radio representó la otra parte de la moneda de la radiomanía. La radio-cosmética operó en la superficie, ideando cuerpos femeninos que se antojaban muñecas para ser envueltas de “radium silk”. Muchos productos cosméticos, por ejemplo la “*crème scientifique*” (“*curative et embellissante*”) Tho-Radia (basada en una fórmula de un misterioso Alfred Curie, que nada tuvo que ver con Marie Curie) vendía una belleza radiante aún en 1933, y pareció querer reinventar la piel femenina. Dado el altísimo precio del radio, empero, es de suponer que el producto no contenía la sustancia y que la propaganda (subliminal) del elemento se originó en la magia de lo inalcanzable (el laboratorio de la alquimia del siglo XX).

El elemento que le brindó a Fuller el efecto especial deseado para su espectáculo (y también a una bailarina de un club nocturno de Nueva York como Joan Moller, que tras haber cubierto su cuerpo de pintura luminescente experimentó infecciones y parálisis), terminó, bajo la promesa de elixir (como materia casi-aurífica) en sifones de agua de soda, en jabones, tinturas, y en aquellas cremas faciales que decían brindarles a las mujeres una apariencia más luminosa (y, paradójicamente, más sana). Los anuncios de publicidad de la época no solamente recuerdan la publicidad de algunas líneas cosméticas de estos días que muestran caras luminosas, sino también las fotografías publicitarias de una época celular que, no hace tanto tiempo, mostraban caras casi-espiritualmente iluminadas por la luz de la telefonía portátil: el oro líquido cosmético-comunicacional del siglo XXI. Entre un capítulo y el otro –que a primera vista parecen no tener relación– el siglo XX contrae un invento asociado al descubrimiento de Marie Curie: la bomba nuclear. De luz enceguedora, este invento trajo incontables secuelas, entre ellas, la siguiente.

#### **LA ILUMINACIÓN EN GOIÂNIA: EL TRASLÚCIDO MANTÓN DE MARÍA**

En *Waslala* (1996), novela utópica de Gioconda Belli que evoca la imagen de una América Latina vuelta basurero de los países ‘desarrollados’, hay un episodio que refiere a un incidente radiológico acontecido en Brasil (1987), un año después de Chernóbil. En la ciudad de Goiânia (Goiás; Meseta Central) aparece, entre materiales de un hospital abandonado, un cilindro de plomo y acero proveniente de la radioterapia, a través de cuya apertura brotaba cesio-137. Una cadena de situaciones entre rebuscadores de basura, un vendedor y personas asociadas (que recibieron el polvo de cesio luminescente como regalo) produjo una tragedia de radiointoxicación, con muertes –incluida la de una niña cumpleañera en su fies-

ta—, y un gran número de personas contaminadas. Aunque produjera además un tremendo escenario posterior de descontaminación (6.000 toneladas de desechos; objetos caseros, animales y plantas destruidas a la fuerza y todo desterrado hacia las afueras de la ciudad; un entierro de cadáveres contaminados en ataúdes de plomo, con máximo distanciamiento material, que igual desató un pánico en el cementerio), este accidente nuclear de América Latina sería arrojado al olvido, como comentaría Eduardo Galeano, a quien la misma Gioconda Belli alude en su obra.

El escenario: Dos hombres dan con el armatoste de plomo. Vestidos con botas de goma, suben el cilindro a una carretilla. Se trata de un peso pesado, asunto de hombres. Los dos cubren el *gadget* (hago alusión al apodo o código que recibió la primera bomba atómica) con una lona y lo pasean por el barrio, para depositarlo en un patio en el que unas mujeres están colgando la ropa. 150 kilos, sin duda, dice uno. Bajo la mirada de las mujeres, manipulan el artilugio, suerte de mega-mancuerna, y sacan de él, como en un parto, una cápsula que a su vez abren, otra vez bajo la mirada de las mujeres. Se asoma un granulado azulado, de color inofensivo, casi celestial. Uno va a buscar fósforos, y los dos, como niños, inician el experimento. Más tarde en la fiesta de un cumpleaños infantil – Leide cumple seis años –, uno ya corre al baño, se retuerce. Qué gusto más tremendo que siento en la boca. Te haré un té, dice una mujer, te sentirás mejor. Al que se retuerce no le gusta el té, y mientras va decrepitando, otros (de los cuales algunos asombrosamente sobrevivirán), le hacen el seguimiento al peso pesado. El cilindro tiene menos de lo deseado, solamente 98 kilos. Defecto que sin embargo compensará cuando más tarde emana de él una luz mágica para caer sobre la faz de uno de los hombres que la va trayendo de acá para allá como un nene. La luz cae también sobre los muros de la casa, y hasta sobre el pájaro negro enjaulado que antes posaba sobre el hombro de María, la mujer del iluminado. María, ¡mira! ¡Mira, María! La mujer no le presta atención a la luz vaporizante, aunque su marido es bañado por ella, por la emanación de la caja de la pandora.

Este es el *reenactment* de lo acontecido en *Cesio-137: o pesadelo de Goiânia* (1990), film de Roberto Pires; ganador del premio del público en el International Uranium Festival en 2011. Y sigue así: el llamado a la María terrenal se convierte en Ave María, para conjugar con el encender y apagar la luz: ¡Ven a ver! ¡No hay nada igual! Pero la María real ya se encuentra llorando sobre la muerte del pájaro. Sin embargo, sigue su labor de ama de casa, y cuando su esposo, tras no haber aceptado más su comida, también empieza a vomitar, ella le querrá hacer otro té (siempre queriendo hacer té, tan inmunes las mujeres a la iluminación y tan escépticas ante “esa cosa”, para citar a María, que los hombres le trajeron a la casa). O como dijera Heidegger en “Das Ding” (1951; “La cosa”): “El hombre *no ve lo*

---

ya ha llegado hace tiempo, a saber, lo que ha sucedido como aquello que, en tanto última expulsión, únicamente exonera la bomba atómica y su explosión” (trad. R.B.). En Goiânia, y con mucha más distancia del Trinity Test de 1945, “la cosa” radiactiva llegó a la más íntima proximidad, a la casa: como cosa prodigiosa desde el punto de vista masculino, como peligro en la percepción de las mujeres. Pero pese al cuidado que las mujeres encarnan, igualmente María –la silueta de su cuerpo envuelta en un traslúcido mantón, filmada a contraluz– ya está contaminada. En ignorancia total de lo que está viviendo, recibe un gesto de solidaridad por parte de su marido, que recuerda el encuentro de la mano divina con la humana, masculina, en la Creación de Adán de Miguel Ángel. Y entonces ocurre el giro: Igualmente María se acercará al contenedor del que brota la luz, hasta meter el dedo y después lamer ese dedo con la lengua. A su alrededor ya florecen estigmas en las manos de quienes tocaron el *gadget*. Más tarde, otra mujer comenta el caso con una alusión a los agrotóxicos: Si igual ya no sabemos lo que estamos cocinando. No cuento más; invito a mirar la película o a releer la novela de Gioconda Belli; o a indagar en fuentes (especie de “poison pares”) que den fe de este episodio, uno de los muchos ejemplos microhistóricos entre las guerras tóxicas del mundo. En la chatarrería del mundo, Goiânia, mujeres y hombres, niños y niñas, pájaros y perros inhalaban partículas de cesio – el azul resplandor de la muerte.

#### LA APROXIMACIÓN: MARÍA LAME EL CESIO Y CUELGA ROPA

¿Qué es lo *Entsetzende*, lo “terrificante”? Es lo que se muestra y se oculta en el modo en el que es presente (“anwest”), pero a modo de presencia distante. Situación sobre la que Heidegger diserta de manera presente-distante, valga la redundancia: sin darse a entender. María se aproxima a lo presente-ausente, presentándose ella misma a la luz tóxica, y de modo intenso, hasta interiorizarse: con la lengua. Saboreando. Así como Gregorius Agricola, ‘padre de la mineralogía’, para poder impartir sus saberes sobre el asbesto en *De natura fossilium* (1546), probó el mineral siglos antes de que este se volvería “oro blanco”, paradigma de una modernidad de los nuevos materiales de construcción (fábricas y casas), y de miles de objetos de uso cotidiano.

Recientes investigaciones establecen una relación entre el principio de decaimiento nuclear y el decaimiento del asbesto, y por eso me permito señalar lo siguiente: que en la charratería del mundo que es la Goiânia mostrada por Pires, el asbesto pulula, en forma de láminas onduladas en techos. Debe haber llegado ahí vía Italia, donde Italo Calvino en 1954 reportó el caso de una de las minas más grandes del mundo que abasteció a una de las empresas más caníbales, Eternit, en una región en la que Primo Levi –que en 1975 publicaría *Il sistema periodico* – antes de la catástrofe del exterminio nazi, había presenciado avalanchas

de asbesto en el valle que habitaba. Pese a las alertas ante su extrema toxicidad desde los años 20 del siglo XX, Europa invierte en el asbesto hasta principios o mitades de los años noventa, y tras la prohibición del material exporta o traslada las empresas a América Latina. Así, mirando el film brasileño, no está de más hablar de un hábitat co-contaminante que los personajes (y sus dobles reales, fallecidos y sobrevivientes) comparten, bajo eclosión, en un monumental cuadro de toxicidad antropogénica del siglo XX que se decanta hacia el siglo XXI para amalgamarse con nuevas negligencias. Porque hay más que cosmética de recubrimiento en el terreno del asbesto, material mineral que en ninguna concentración es inofensivo para el ser humano como probablemente tampoco para otros animales, y cada año causa millones de muertes en todo el planeta (porque las fibras que se desprenden de él son biopersistentes y actúan de manera fatal en tejidos): en agosto de 2024, justo en Goiás se sanciona un proyecto de ley del gobierno del estado para prorrogar por otros cinco años la extracción y el procesamiento del asbesto en la mina de Cana Brava. Ya en 2019, la periodista brasileña Eliana Brum denunció la necropolítica de su país, acusando el manejo industrial del asbesto como “antropofágico”.

En todo el mundo, el asbesto suele ser manipulado en lugares de trabajos masculinizados. Pero aparecieron mujeres, por ejemplo en España y Alemania, luchando para ser reconocidas como víctimas, porque lavaron la ropa de sus esposos, contaminadas de las fibras dentadas y ásperas que provocan cortes en los tejidos de muchos órganos, dañando frecuentemente los revestimientos finos en la región del pecho, hasta provocar un cáncer exclusivamente asbestogénico, el mesotelioma (supervivencia: 4 -16 meses). Ahora, aunque en la vida de las mujeres colgando la ropa en la Goiânia filmada por Pires irrumpa un agente tóxico sobrepuesto al asbesto, es decir, el Cesio-37 —que en la jerarquía de lo alarmante domina—, el otro agente, que con el elemento radioactivo comparte ante todo la perceptibilidad escurridiza, ya está presente desde hace rato. Vuelvo a la escena: al inicio de la película de Pires, las mujeres cantan en el patio, en medio de la presencia de un material que no es tema de la película, porque su canto encuadra la aparición de una categoría in/visible más espectacular, a saber, la traída a casa del artilugio que encierra una luz que solamente a veces se muestra. Pero por más que manifiesten despecho contra el objeto (quizás por no tener tiempo propio para el experimento con él, porque mantienen a flote la casa), sufrirán contaminación, que será de segunda mano como, efectivamente, aquella que vivieron las lavadoras de la ropa contaminada de asbesto.

---

### LA COSMÉTICA, MATERIA DECADENTE

Las mujeres de Goiânia no son ‘mujeres cosméticas’, porque no tienen el privilegio de querer (o deber) mostrarse radiantes. Hay además algo en ellas que las une con unas mujeres que se rebelaron recientemente contra la empresa Johnson & Johnson, responsable de la venta de talco para bebés contaminado de asbesto (el talco es extraído de minas que a menudo conlindan con yacimientos de asbesto). Este caso remonta a los años 70, pero es solamente abierto jurídicamente a partir de 2020, tras una ola de demandas de clientes estadounidenses que contrajeron cáncer ovárico. Entre estas mujeres se encuentran especialmente víctimas afroamericanas que, como reportan ellas mismas, usaron el talco también para sí mismas, respondiendo a prejuicios racistas (asociados a presuntos olores corporales).

En cuánto producto cosmético no hay sustancias blanqueadoras, como el óxido de titanio o, precisamente, también el talco (en tanto componente de cosmético decorativos). Un ‘white in the extreme’, podríamos decir, respondiendo al “weird in the extreme” (*Evening Express*) de las sales fluorescentes sobre los cuerpos de “Radium Dance” de Fuller, que en la oscuridad eran los únicos agentes visibles. Cual avatares de un nuevo Dios, nuclear, irradiaron a las salas de espectáculo ante un público que respondería además a los descubrimientos científicos de su época y a la metáfora de la luz y oscuridad, tan fundamental para el imaginario de la radioactividad. Vuelvo al asbesto: aunque menos visible, también éste nace y decae en esa época, y ahora renace como materia decadente, en múltiples escenarios –y en términos de género.

Para explicar: En el mismo año en el que Brum señala el antropofagismo asbético de su país, Sasha Litvinseva observa que la toxicidad (del asbesto) conlleva la porosidad absoluta, que amalgama exterior e interior. No hay escape del asbesto; todo es cercanía frente al contaminante ubicuo. A la vez, la cercanía (que también le interesaba a Heidegger), es consustancial a la cosmética, este arte del cuidado del cuerpo y la belleza con sus intentos de conservación, restauración o mejora (griego antiguo κοσμητικός, *kosmetikós*, del verbo κοσμέω, *kosméo* arreglo, decoro, adorno). En general, la cosmética se concentra en el aspecto externo del cuerpo femenino o feminizado. La cara es su lugar central, folio próximo de los productos decorativos; coincide con esto que recientemente se detectara el asbesto además en muchos productos de maquillaje. Así, y a diferencia de la presencia (probablemente imaginada) del radio en productos cosméticos, el asbesto (otrora entendido como material mágico y eterno) permanece. Sin embargo, no es publicitado, sino, al contrario, ocultado. Esto sale a la luz justamente con el auge del *bare face*, moda que (supuestamente) libera la faz de los encubrimientos (químicos). Tanto el radio como, de manera

---

incógnita, el asbesto, participan de un extractivismo efectuado sobre el cuerpo femenino: la producción de una belleza facial radiante, que es, *by the way*, contracara (o anticipación) de la mujer necrotizada. El Cesio-37, a la par, en el caso de Goiânia, se fugó de los espacios de la Curieterapia brasileña, para atentar contra toda una ciudad, porque el cuidado (y no la cosmética) de las mujeres, es decir, el temor que éstas sintieron, no tuvo el peso necesario.

---